

ABISMOS DE CELULOIDE

JAVIER LACOMBA TAMARIT



ABISMOS DE CELULOIDE

Antología Secreta de Relatos de Terror y Suspense

Javier Lacomba Tamarit

© Javier Lacomba Tamarit, 2012

© De la ilustración de la cubierta: Luis Núñez de Castro Torres, 2012

Primera edición en formato digital: diciembre, 2012

Ilustración de cubierta: Luis Núñez de Castro Torres

Queda prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sin la autorización escrita del autor.

Los hechos y personajes de esta obra son ficticios. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

El autor no se hace responsable de los efectos
causados por la lectura de la presente obra

INDICE

EL AMANTE DE LA NATURALEZA
HASTA QUE LA MUERTE NOS UNA OTRA VEZ
BIENVENIDOS
EN ESTOS CUERPOS NACERÁ LA LUZ (I)
EN ESTOS CUERPOS NACERÁ LA LUZ (II)
LA VISIÓN ARREBATADA: EPÍLOGO A LA OBRA

EL AMANTE DE LA NATURALEZA

Cuando Thomas Noble presenció cómo el viento se llevaba a su compañero de patrulla Mike Connors, una parte de él, la parte más pegada a la realidad, se desconectó. Simplemente dejó de funcionar, y así permanecería durante mucho tiempo. En ese lapso de locura, Thomas pensó que Dios, al menos, le había concedido a su difunto amigo Mike el poder de volar durante unos pocos instantes. La sensación de libertad, el embriagador conocimiento que profanaba el límite último del ser humano, a quien no se le había dotado de alas tan solo por un capricho del Creador.

Un tornado había acabado con la vida de Mike en Texas, cuando ambos intentaban poner a salvo a una familia en la comisaría a la que habían corrido a refugiarse. Justo a tiempo para su última buena obra, el momento en el que Mike le entregaba a Thomas el cuerpecito de la pequeña de la casa. Una niña aterrada y cuyos largos rizos rubios parecían muelles impulsados por los tem-

blores incontrolados de su pánico. Thomas la agarró con fuerza, y entrevió como Mike daba tres pasos para atrás y era succionado con velocidad hacía el cielo gris oscuro que los cubría. Como una mota de polvo atrapada por un aspirador, Mike se convirtió en un punto cada vez mas pequeño que no dejaba de dar vueltas y vueltas sobre si mismo.

Thomas permaneció ajeno a los llantos y lamentos de la familia que acababa de salvar, pensando en la buena fortuna de su amigo Mike al saber lo que se sentía al surcar los cielos.

Siguió con la misma idea mientras le cubrían de agradecimientos. Consideró el tema cuando lo condecoraban por su valor. También estudió los pros y los contras de ese don cuyo precio era la muerte mientras firmaba los papeles del divorcio y, cómo no, cuando le dieron la baja por depresión.

Durante mucho tiempo después, cuando su mente encontraba la menor excusa, todavía intentaba llegar a una conclusión satisfactoria. Pero los momentos en los que acariciaba esa obsesión se fueron haciendo más y más aislados con el tiempo.

Tras tres años, Thomas se reincorporó al servicio activo, pero esta vez como patrullero de la Policía de Nueva Orleans. Ese destino le garantizaba estar cerca de su hermano, Hank Noble, uno de los más reputados trompetistas de Jazz de

Louisiana. Su música tenía fama de ser cálida, pegajosa y atrayente como la espalda perlada de sudor de una bailarina del Barrio Francés.

Por aquellos días de finales de agosto de 2005, estaba ocurriendo algo que parecía podría disparar de nuevo la obsesión de Thomas. Un huracán, denominado Katrina, amenazaba Nueva Orleans. El hermano de Thomas temía que éste se derrumbara, y eso mismo hubiera apostado cualquier sicólogo aficionado al juego. Pero la mente es una máquina de sorpresas sobre la que no se puede pronosticar ningún resultado.

Al caer la tarde del día 29, aprovechando una aparente tregua de la tormenta, Thomas se encontraba plenamente concentrado; patrullando a solas, revisando los daños, disuadiendo a posibles saqueadores y advirtiendo casa por casa de la previsión de que en las próximas horas la naturaleza empezaría a llamar de nuevo a la puerta de Nueva Orleans con autoritaria impaciencia.

Thomas Noble se dirigía hacia Bourbon Street. Se encontraba bien. No se podía decir que disfrutara, pero la adrenalina atravesaba su cuerpo con un placentero hormigueo. Quizás —pensaba—, le ocurría igual que a los hipocondriacos que pasaban la vida aterrorizados por caer enfermos y que, en cuanto se les diagnosticaba una enfermedad grave, sentían como su temor se disipaba. Porque da más miedo encon-

trarse en la sala de espera de la incertidumbre que la propia causa de tu terror hecha realidad.

Una masa de agua negra se deslizaba alrededor del coche patrulla, impidiéndole avanzar con rapidez, pese a que el nivel había decrecido en las últimas horas. Aún yendo despacio, casi a trote humano, los neumáticos provocaban pequeños oleajes en el pavimento.

La oscuridad corría a a su alrededor, pero Thomas Noble sí que la vio a ella.

Y eso que era difícil. Llevaba un abrigo oscuro, aunque ligero para la que se estaba organizando. Apenas un pañuelo rojo escarlata anudado en la cabeza era lo único que ponía una nota de color en aquella figura encorvada, de paso lento pero tremendamente decidido. Era una mujer bajita, algo rechoncha y redonda como una bolita.

Pero también era como un faro, un punto visual que, de alguna manera, atraía la mirada. Como esa chica que te gusta en medio de una multitud. De algún modo, la ves.

Y la seguía viendo también cuando se puso a su altura, reduciendo su ya escasa velocidad hasta la del paso de aquella mujer.

Alcanzaría apenas el medio siglo de edad, pero las tempranas arrugas que surcaban su rostro mestizo dibujaban el mapa de una vida difícil afrontada con coraje. Thomas se dio cuenta cuando bajó la ventanilla del coche patrulla de que la

caminante estaba centrada en un punto fijo en el horizonte, y que de hecho ni siquiera se había percatado de su presencia.

—Señora. ¡No puede pasear por aquí con este tiempo! —gritó Thomas para hacerse oír entre el crepitar de la lluvia—. La tormenta pronto va a empeorar. ¡Tengo que evacuarla al Superdome! ¡Suba al coche señora!

El agua constante empujada por el viento se introducía en la boca y ojos de Thomas, quien se sentía tan calado como si buceara en un frío lago.

—¡Señora! —se desgañitó—. ¡Al menos haga el favor de mirarme!

Y le miró. Le miró con los ojos muy abiertos y unas pupilas negras que amenazaban con absorberlo en cualquier momento. Así, transcurrieron unos segundos, hasta que el rostro de la mujer se suavizó de repente.

—Usted, usted podría... usted sí —dijo la mujer de forma casi inaudible, casi para si misma. Thomas pensó que ponía la cara del que acaba de encontrar la última pieza de un rompecabezas gigante.

—Que yo sí...¿qué? ¿a qué se refiere?

La mujer se abalanzó sobre la ventanilla, hasta introducir su rostro dentro del coche. Thomas dio tal salto hacia atrás que casi se golpea la cabeza con la puerta del copiloto. Las facciones de la desconocida se habían deformado de forma grotesca y los mechones de pelo se pegaban a su

mojada mejilla por la que circulaba una mezcla entre lluvia y lágrimas. Su boca se había ensanchando, como una nación conquistando el territorio de su faz para someter al resto de sus rasgos.

—¡Ayúdeme! ¡Ayúdeme a salvar a mi nieto, es sólo un niño, no merece que se lo lleven!

Con el corazón desbocado Thomas tanteó su arma, pero se contuvo.

—Señora, escuche, suba al coche. Dígame dónde esta su nieto y lo recogeremos. Lo pondremos a salvo. ¿De acuerdo? —pidió intentando parecer calmado, a pesar de que él mismo temblaba de pies a cabeza.

La mujer se introdujo en el vehículo. Thomas suspiró aliviado, puso los seguros y subió la ventanilla. Se permitió unos segundos de relajación antes de preguntar.

—¿Dónde está su nieto? ¿En su casa? Si está lejos puedo mandar a alguna patrulla.

—¡No! ¡Tiene que ir usted! —La mujer le agarró el hombro como si fuera un cepo, provocándole otro respingo. Era la segunda vez en menos de un minuto.

—Cálmese... ¿Cómo se llama?

—Lorelei. Lorelei Belmonde.

—Bien Lorelei. Yo soy el agente Noble. No soy tan bueno como suena eso —bromeó Thomas para relajar el ambiente—. Si se tranquiliza y

me explica dónde está su nieto y porqué piensa que sólo yo puedo ayudarlo...

—Usted no tiene miedo, Thomas —contestó—. Ya ha pasado por esto, ya conoce el poder del viento. Ha pensado tanto sobre él que ya no le importa. Ha sido tanta su obsesión, ha temido tantas veces que volviera a pasar, que ahora que ocurre de verdad, ya no siente temor. Y él, que utiliza esa debilidad para recolectar a aquellos a los que se quiere llevar, ya no podrá utilizarlo contra usted.

Lorelei lo dijo todo de carrerilla, como si fuera un profesor en una clase describiendo un razonamiento perfectamente lógico, que no admitiera ser rebatido, con un inicio que llevara a una conclusión inevitable. Thomas Noble lo escuchó sin saber que le aterraba más: que aquella desconocida lo supiera todo de él, incluso haciéndose eco de sus reflexiones más íntimas, o lo naturalmente que él mismo estaba aceptando algo tan alejado a lo que él tenía como real.

—Vamos a por su nieto —repuso sin más.

Thomas Noble siguió las indicaciones de Lorelei mientras intentaba que su vehículo no patinara y terminara su recorrido estancado o empujado contra un muro. Tras girar a la derecha un par de veces, y girar a la izquierda otras tantas, enfiló por Canal Street.

La lluvia arreció de nuevo. A pesar de que los limpiaparabrisas hacían un esforzado trabajo mo-

viéndose como un metrónomo descontrolado, no se veía absolutamente nada. ¿Nada? De repente, Thomas vislumbró unas siluetas luminosas a lo largo de la calle. Según se iba acercando, le pareció que empezaban a tomar forma.

Frenó de golpe. A cada segundo parecían formarse unos contornos más claros, una escena con autonomía propia que parecía tan ajena al mundo real como un paisaje dentro de una esfera de nieve. Thomas hizo ademán de bajar del coche. Lorelei lo agarró del brazo con un gesto violento, desesperado.

—Continúe, agente, continúe, se lo ruego. Ellos no nos harán nada si no nos metemos. Si también es capaz de verlos es porque mi nieto tiene alguna esperanza.

—Pero qué coño es eso... —Thomas se interrumpió a mitad de frase. Ahora veía las escenas de forma diáfana. Y parecían sacadas de una pintura ante la que El Bosco apartaría la mirada.

Thomas Noble acarició el límite de su cordura cuando vio cómo un matrimonio con tres hijos era asediado por un grupo de muñecos que se movían de forma torpe y vestían ajada ropa del siglo XIX. Los rostros de aquellos juguetes vivientes mostraban carencias: un ojo allí, una boca allá. Pero ahora se habían conjurado para que aquellos chiquillos que ahora gritaban y lloraban terminaran siendo como ellos antes del alba. Los cadáveres de sus padres sí parecían muñecos ro-

tos llenos de desordenados cortes, dejados en medio de la calle por puro capricho de un niño enrabiado después de hartarse de jugar con ellos.

Thomas abrió la ventanilla y vomitó. La bilis y saliva cubrieron las letras NOPD de la puerta de su vehículo. Totalmente sobrepasado por lo que estaba contemplando, accionó la palanca de apertura de la puerta. Sin éxito. Una vez, dos, tres, pero no se abría. La ventanilla se cerró sola sin que nadie la accionara. Ya no entraba agua en el coche, pero tampoco se podía salir. Thomas se giró hacia Lorelei totalmente fuera de si..

—¿Qué coño pasa? ¿Por qué no pudo salir? —le espetó.

—Porque no puedes hacer nada —contestó Lorelei con gesto firme— Están más allá de toda ayuda. Ellos y los otros que morirán estos días. Hoy los mitos y leyendas locales se sienten libres y amparados por lo oscuro para hacer lo que les venga en gana. El caos es un excelente caldo de cultivo para darles vida y fuerza y no lo van a desaprovechar. Muchas serán sus víctimas. No todos caerán sometidos por la naturaleza, pero las estadísticas de la historia no distinguirán entre unas víctimas y otras. Nunca lo hacen.

—¿Qué no puedo hacer nada? ¿Por su nieto sí y por los demás no? ¡Y una mierda! —replicó el policía violentamente—. ¡Apártese! ¡Cierre los ojos!

—¡No! ¡Mi nieto! ¡Usted ha de salvar a mi nieto!

Thomas rompió el cristal de la ventanilla con la pistola mientras se protegía la cara con la otra mano. Necesitó varios golpes con la culata del arma, pero abrió un hueco lo bastante ancho que aprovechó para deslizar su delgado y ágil cuerpo al exterior. No le salió gratis. Al apoyarse en el marco de la ventanilla, los trozos de vidrio se habían ensañado con sus manos. Se puso de rodillas y de forma agónica se arrancó los cristales de las palmas y dedos para poder, al menos, ser capaz de sostener la pistola.

Los lamentos de Thomas aún reverberaban cuando por fin logró ponerse de pie. Sus pies chapoteaban en el agua mientras su sangre se diluía en el pequeño océano que cubría Canal Street.

Se dirigió hacia el grupo de huérfanos recientes arrinconados por los muñecos infernales, el único lugar de la calle dónde aún podían distinguirse sollozos y gritos humanos, de dónde parecía partir alguna señal de supervivencia.

Primero disparó al aire, y el sonido pareció confundirse con el de algún trueno lejano. Pero las cinco cabecitas demoniacas sí lo notaron, y se giraron hacia él poniendo toda su atención. Se habían olvidado momentáneamente de los críos, como pretendía Thomas. Los niños parecían estar bien desde dónde él los veía. Los juguetes ha-